



Miguel Escribano Cabeza, *Complejidad y dinámica en Leibniz. Un vitalismo ilustrado*, Comares, Granada 2017, 269 pp.

La filosofía de G.W. Leibniz ha mostrado ser una de las más fructíferas de los últimos siglos, de lo cual es muestra la actualidad de su obra, reflejada en la cantidad de interesantes estudios que han ido apareciendo en las últimas décadas, entre los que se encuentra *Complejidad y dinámica en Leibniz. Un vitalismo ilustrado* del investigador Miguel Escribano Cabeza. Esta nueva monografía da fe de dos cosas distintas: la primera, que todavía queda mucho por desgranar del proyecto filosófico leibniziano; y la segunda, que de aquello que queda por descubrir, será de utilidad para el estado de la filosofía en nuestros días, en la que la separación entre los saberes teóricos y prácticos nos impide afrontar un futuro científico y social incierto. La finalidad de esta obra es reconstruir la ontología de Leibniz, la cual, según defiende el autor, se encuentra entre el vitalismo propio del hermetismo de la época y el mecanicismo cartesiano que deriva en la ciencia moderna.

Si por algo destacó siempre Leibniz fue por su afán dialogante y conciliador. Encontramos varios ejemplos de ello en su obra, entre los que destaca, por ejemplo, el intento de reunificar las iglesias católica y protestante, en un ejercicio de implicaciones tanto religiosas como filosóficas y políticas. En esta línea conciliadora, y siguiendo la estela del intento de conciliar la metafísica tradicional con el mecanicismo de los modernos, Miguel Escribano muestra en *Complejidad y dinámica en Leibniz. Un vitalismo ilustrado* que este mismo afán también lo encontramos en las posiciones del vitalismo y del mecanicismo en su filosofía natural. Ahora bien, ya que podría pensarse que ambas opciones son contradictorias, ¿de qué modo pone en práctica y de qué modo defiende su posición Leibniz con respecto a esta cuestión? Para responder a ello, encontramos que los dos primeros capítulos de la obra se centran en la filosofía del joven Leibniz, para luego enfocar el capítulo 3 en el concepto de sustancia como mónada y el capítulo 4 en el papel del vitalismo para la metafísica del Leibniz maduro, para terminar con unas conclusiones finales.

El primer capítulo comienza desgranando una cuestión esencial para la comprensión del proyecto leibniziano: su concepción de la metafísica en su etapa de juventud, la cual marca el devenir de su filosofía posterior. En este sentido, su concepción original de metafísica se contrapone a la de Daniel Stalh (profesor de filosofía en Jena), quien entiende esta disciplina como la ciencia del ente; mientras que, por su parte, Leibniz acoge pronto el espíritu moderno basando su metafísica en el sistema de hipótesis e incluyendo disciplinas como la física y la matemática, buscando con ello un equilibrio entre la razón teórica y la razón sensible. Precisamente su texto “De principio individui” nos permite comprobar de qué modo Leibniz asimila las tesis básicas de la filosofía moderna, aunque sin abandonar a los clásicos, acogiendo el problema de la individuación como punto central desde el que discutir ideas tanto propias de la filosofía moderna como de la antigua. Igualmente,

Escribano señala que mediante la teoría de la complexión Leibniz fundamenta la posibilidad de una ciencia dividida en saberes: “Leibniz es uno de los primeros de entre los modernos en teorizar sobre las condiciones de posibilidad de la ciencia y del avance de la ciencia, sobre la diferenciación de los saberes y sobre la lógica que la provoca” (p. 11). Del mismo modo, es necesario destacar el tratamiento que se realiza de las disensiones de Leibniz con el mecanicismo, ya que los principios que rigen la mecánica no pueden ser también mecánicos, según Leibniz, sino metafísicos, lo que nos lleva al problema de cómo entender la individuación bajo el paradigma mecanicista.

El segundo capítulo está centrado en exponer la definición de la sustancia por el joven Leibniz. Para alcanzar esta finalidad, Escribano parte de la necesidad de Leibniz de reformular los principios mecánicos introducidos por Descartes para que se adecuen a la experiencia, punto del que parte Leibniz para formular su teoría del movimiento: “Habría que recuperar el universalismo de la concepción del movimiento de Copérnico y Tycho Brahe [...] cuyos principios nos van a permitir establecer hipótesis capaces de explicar «la causa de los fenómenos de nuestro mundo»” (pp. 21-22), para lo que se basa en la noción de conato de Hobbes, en el *Arte combinatoria* y en los estudios sobre percusión de Huygens, Wren y Wallis, reflejando este trabajo en la *Hypothesis physica nova* y en su *Theoria motus abstracti*. En la primera ya Leibniz defiende que todo cuerpo posee cohesión en sus partes y que ésta se debe al movimiento ejercido por la circulación del éter, una hipótesis que, contrariamente a como se ha entendido habitualmente, no se trata de una especulación pura sino fundamentada en estudios empíricos; y que a su vez ocasiona la gravedad y la elasticidad en los cuerpos, algo en lo que Leibniz es influenciado por Hooke. Ambos son ocasionados por “la fuerza del éter”, como principio activo no reducible mecánicamente, idea en la que Leibniz se separa del cartesianismo.

Por otro lado, Escribano señala las diferentes influencias que ejercen Bacon, Hooke y Boyle en la visión que el joven Leibniz tiene sobre la naturaleza del cuerpo, cuya complejidad escapa al mecanicismo cartesiano. Escribano explica muy bien la situación en la que se encuentra Leibniz, pues no se encuentra alineado ni con los mecanicistas, como Descartes, quien pensaba que la transmisión del movimiento de los cuerpos era instantánea; ni con los animistas, que explicaban el movimiento en base a cualidades ocultas que poseían los cuerpos sin explicar cómo funcionaban corporalmente: “Leibniz defiende la existencia de un «cierto arte» o «naturaleza propia» de los cuerpos que, residente en su complexión, les confiere cierta individualidad y les permite reaccionar frente al medio con la intención de conservar su conato o, mejor dicho, la unidad espacio-temporal del conato (resultado de todos esos procesos químico-neumáticos internos)” (p. 71). De este modo sería la figura la que confiere la individualidad al cuerpo, creando una sustancia individual: “la combinación de las tendencias de los corpúsculos que entran en relación originan un nuevo esquema de fuerzas en el compuesto, una nueva forma o figura y, por tanto, dotan a este compuesto de unas propiedades diferentes a las de los corpúsculos de partida” (p. 72), una idea que se reformulará como la idea de forma sustancial en el Leibniz maduro, por lo que Escribano muestra cómo este germen se encuentra ya en su pensamiento de juventud. Del mismo modo, en la *Hypothesis physica nova*, Leibniz expone su física basándose en la estructura material de los cuerpos y en una dinámica basada en la teoría del éter, todo ello fundamentado en la burbuja como unidad física y fisiológica: “El modelo químico de explicación de los compuestos

permite a Leibniz dotar a la materia viva de una funcionalidad (orgánica) que gobierna los procesos biológicos, sin necesidad de recurrir a cualidades ocultas o introducir entidades incorpóreas de manera injustificada” (p. 73). Posteriormente Escribano presenta una minuciosa explicación sobre la teoría del éter leibniziana en la que aclara una serie de malentendidos sobre esta teoría.

En base a todo ello, ¿cómo entiende Leibniz el concepto de sustancia en sus años de juventud? Para él, la forma sustancial es la que da unidad al cuerpo y a la mente, y es el principio del que surge toda acción corporal, además de dar cohesión al ente que supone el ser humano. Además, esta unión se concreta en lo que Leibniz denomina de varios modos: semilla, núcleo o flor de la sustancia, átomo o punto físico (p. 95). Escribano también comenta una serie de textos editados por la *Akademie* bajo el título “Specimina Physica”, escritos en la época parisina y en los que se muestra la evolución del pensamiento de Leibniz en sus años de juventud. En estos textos destaca su pensamiento respecto a la noción de sustancia en contraposición a Descartes y a Spinoza, que define como la unidad entre un principio pasivo (el cuerpo) y un principio activo (el pensamiento o la mente) (p. 104). En definitiva, nos encontramos con una visión en la que la física es una disciplina a caballo entre la física y la metafísica, y para fundamentarla necesita Leibniz el concepto de forma sustancial como principio de unión de mente y cuerpo, para lo cual son esenciales tanto la definición de burbuja arriba señalada como la teoría del éter.

Si bien los dos primeros capítulos han estado centrados en la filosofía del joven Leibniz, el capítulo 3 hace un salto para tratar el concepto de sustancia en el Leibniz maduro. Con el paso de los años Leibniz ha afianzado y definido la interacción de disciplinas que presentaba en su juventud, pues el desarrollo de su lógica y el de la dinámica como disciplina independiente permiten que el filósofo alcance un concepto de sustancia en el que define su actividad en términos de representación en base a la autoconsciencia, pero también en base a cuestiones que podrían parecer muy alejadas de la metafísica, como el modelo proporcionado por el cálculo infinitesimal (pp. 140-141); y, por otro lado, también es definida como fuerza activa primitiva, pues su teoría de las fuerzas le lleva a concluir que materia, actividad y forma son realidades que coexisten en el cuerpo, relacionando sus caracteres de unidad y actividad (p. 157). Ambas concepciones siguen la estela de la metafísica leibniziana desde de su juventud y llevará al filósofo a complementar esa noción de sustancia a través del concepto de *vida*.

El capítulo 4 muestra de qué modo el vitalismo juega un papel esencial en la metafísica monádica de Leibniz. Habitual y correctamente entendido como un mecanicista, el filósofo presenta también una importante faceta vitalista que se complementa con la anterior y que la encontramos en el papel de la sustancia como unión de alma y cuerpo: “Leibniz desarrolla la idea de la *armonía preestablecida* en la interpretación de la relación cuerpo-alma como una *unidad vital* que dota al ser vivo de un carácter sustancial, esto es, de un principio formal que es un principio de actividad” (p. 235). Esto queda reflejado en su etapa de madurez, en la que el concepto de sustancia incluye todos los procesos vitales fruto de la interacción entre cuerpo y alma. Escribano aclara nociones esenciales que Leibniz introduce para comprender esta cuestión, como la de mónada dominante, el vínculo sustancial, las fuerzas plásticas, los espíritus animales, la percepción y apetito, la memoria y hábito, las semillas y los movimientos conspirantes.

Para terminar, con sus conclusiones Escribano busca revitalizar la visión sistemática del proyecto leibniziano, el cual no abarca solamente ciencias físicas y filosofía, sino muchos más aspectos que se engloban dentro de lo que Leibniz denominó “ciencia general”. En este sentido, la obra de Escribano resalta el carácter transdisciplinar del filósofo, en contraposición a interpretaciones parciales y reduccionistas que se han hecho desde diferentes disciplinas y que violan la finalidad última y sentido del proyecto de Leibniz. Destaca el autor que esto lo encontramos en la conciliación entre la filosofía aristotélica y los autores mecanicistas modernos, ya desde su juventud. Solamente una visión que englobe las diferentes disciplinas será susceptible de explicar el funcionamiento de lo existente, para comprender y “explicar la complejidad del mundo y la diferenciación de lo ente en parcelas de realidad dotadas de un estatus ontológico bien delimitado, así como también explicar las relaciones de dependencia o armonía entre tales parcelas” (p. 227).

Hemos de destacar tres aspectos novedosos que encontramos en *Complejidad y dinámica en Leibniz. Un vitalismo ilustrado*. El primero, el trabajo de las fuentes que tiene el joven Leibniz en el empirismo inglés, sobre todo en lo que respecta a la química corpuscular y el corpuscularismo energético de Boyle; el segundo, la genealogía del principio formal buscado por Leibniz para explicar la unidad y cohesión del cuerpo en la idea de forma o figura, que hay que entender en conexión con otras nociones como las de energía, textura o esquematismo, presentes en autores como Boyle, Hooke, Gassendi o Bacon; y el tercero, la interpretación ecológica de la idea de máquina natural presente en la metafísica monadológica de madurez. Del mismo modo, hemos de señalar una carencia importante: si bien el autor señala las similitudes entre las etapas de juventud y madurez de Leibniz, destacando la continuidad de sus ideas, no señala con exactitud las diferencias, como podría ser la falta de integración de las ideas de forma y fuerza en la etapa de juventud. A pesar de ello, las muchas virtudes de la obra, así como una presentación ordenada y una redacción correcta que ha sabido plasmar en castellano las complejidades de las nociones leibnizianas, me hacen recomendar encarecidamente su lectura.

Miguel Palomo
miguelpalomo@us.es